



Barcelona 12

Abril 1860.

## SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.

SUMARIO.—TEXTO: La casita del poeta, por Alfonso Esquiroz.—La Musa al poeta, por D. Teodoro Llorente.—María la mesonera, por Southey.—La dicha es sueño, por D. Ricardo Moly de Baños.—Español, poesía por D. Rafael de Nieva y de Barba.—Teatros.—La Escala, fábula.—Miscelánea.—ILUSTRACION.—Caricaturas, por Patuflet.

## LA GLORIA LITERARIA

## LA CASITA DEL POETA,

por Alfonso Esquiroz.

En uno de los arrabales de Berlin se eleva una mezquina casucha de dos pisos, que estaba habitada hace poco mas de cuarenta años por Teodoro Wilhem y Vertua su esposa. Era un matrimonio jóven, muy pobre, pero dichoso, Wilhem y Vertua se amaban.

Una tarde, la jóven cósia á la ventana, cuando insensiblemente la aguja se detuvo entre sus dedos, la labor cayó sobre su delantal y una lágrima se deslizó por su mejilla. En aquel momento un campanillazo resonó en la estancia. Vertua se levanta, enjuga sus enrojecidos ojos y abre la puerta con la sonrisa en los labios. Era Wilhem que volvía.

—Se me habia pasado la hora ocupada en mis labores, dijo Vertua rodeando con sus brazos el talle de su esposo y recibiendo un amoroso beso suyo; no haremos una gran comida, pero en verdad tampoco hay otra cosa.

Diciendo esto colocó sobre la mesa un plato con algunas pocas nueces secas.

—No debes tener mas dinero, observó tristemente Wilhem.

—Si que tengo, contestó Vertua, haciendo sonar en el bolsillo de su delantal algunas monedas de cobre.

—Creo haber encontrado una colocacion, prosiguió Wilhem con cierta desconfianza en sus palabras; si convengo, desde mañana empezaré á desempeñarla.

—¿Y cuál es esa colocacion? preguntó Vertua.

—Me han ofrecido el empleo de director de orquesta en un teatro de infima categoria; el sueldo no es una gran cosa, pero como tambien sé un poco de pintura me encargaré además de la parte de tramoyista; y por último creyéndome siempre dotado de algun talento para las letras, podré hacer representar en este teatro alguna de mis composiciones.

Vertua sonreía dulcemente escuchando los dorados sueños de su esposo. La comida fué tranquila y agradable. El amor, ese gran hacedor de milagros, encontró medio de convertir el agua del cántaro en vino mejor que el de las bodas de Canaan.



Después de comer manifestó Teodoro Wilhem intención de escribir; Vertua no se atrevió á confesarle que no había en la casa mas aceite para el quinqué, y procuró distraerle diciéndole:

—Amigo mio, está demasiado hermosa la noche para encender tan pronto esa mezquina luz; disfrutemos antes un rato á la ventana de la fresca brisa contemplando esas estrellas, brillantes destellos de un Dios bondadoso.

Teodoro Wilhem comprendió que se hallaba reducido al triste estado del poeta italiano Torcuato Tasso, que se privaba de trabajar por la noche, *non avendo candeles per scriver i versi suoi*.

—Acaso hubiera sido mejor, dijo, seguir mi primer carrera. Hoy día ocuparía el puesto de magistrado.

—¿Por qué ese sentimiento, amigo mio?

—Tendrías al menos una criada y mejores vestidos, continuó Wilhem á quien entristecía sobremanera la estremada pobreza de las ropas de su esposa.

—No carezco de nada, interrumpió Vertua con una sonrisa que se esforzaba en hacer creer natural: si no uso mis mejores trajes, es porque creo no tener necesidad de adornarme para agradarte.

Al día siguiente Vertua se despertó al amanecer y se levantó silenciosamente para disponer antes de levantarse su esposo, las mas que modestas ropas de este. Sus miradas se fijaron tristemente sobre el raído frac negro, cuyas costuras y vueltas de las mangas blanqueaban, por efecto de sus prolongados servicios; igual inspección sufrieron las desfiguradas botas y descolorida corbata. Vertua tuvo necesidad de cepillar aquel y coser los desperfectos, cubriendo con tinta la falta del primitivo color en varias partes del traje; pero no pudo nunca ocultar el irreparable ultraje de los años. Cuando Wilhem se vistió y se preparaba para salir, se contempló al espejo.

—Estás perfectamente, le dijo Vertua con voz tranquila; ese frac tiene todavía el aire de nuevo, y el sombrero está tan flamante que se le tomaría por recién comprado.

Los dos amantes ponían en juego una especie de trapaería sublime en engañarse mutuamente sobre su miserable estado.

Teodoro Wilhem obtuvo por fin una plaza en la orquesta del teatro que había anunciado á su esposa, del cual era él el único músico; pero la perdió al cabo de algunos días. Entonces se vió precisado á recorrer diferentes oficios que lastimando mucho su amor propio, apenas le producían lo suficiente para satisfacer sus primeras necesidades.

Diez años después el mismo hombre había llegado á ser el escritor predilecto de toda la Alemania.

Durante los primeros tiempos Wilhem disfrutó con avidez de los honores de su fama, pero bien pronto su juicio

se alteró cayendo en una enagenación profunda y melancólica. El disgusto había llegado con la saciedad; el menor ruido que se hacía á su lado le aturdió. Hacia ya largo tiempo que había dejado la casita del arrabal por otra cómoda y suntuosa de la ciudad. Una tarde tomó Vertua entre sus manos las de su esposo y con voz dulcisima y sin poder contener algunas lágrimas, le habló de este modo:

—Esposo mio, ya no somos dichosos: la mayor felicidad era nuestro amor y desde que la fortuna nos ha favorecido, creo que no nos amamos. Ese vil oro ha venido á destruir todo el encanto de nuestro matrimonio; cuando éramos pobres disfrutaba todo el día de tu presencia; ahora son los demás quienes te ven. Te hallas obligado á acudir aquí y allá; la ciudad entera te obsequia, las mujeres te solicitan y yo sufro muchísimo. Tú mismo, ¿te encuentras satisfecho de esta vida de agitación? No, Wilhem, confíesame la verdad, este estado te aburre, echas de menos el tiempo en que hemos sufrido juntos las amargas privaciones de la vida, ¿no es cierto?

—Tienes razón, Vertua, cuanto acabas de decirme hace ya tiempo que no se aparta de mi imaginación y jamás me he atrevido á decírtelo. Cuando vivíamos en la casita del arrabal, la necesidad de resistir los males exteriores, calmaba la agitación de mi alma. Aquella lucha me era muy provechosa. Hoy día temo volverme loco. No, jamás he sufrido tanto como después de haber salido de la miseria, encontrándome entregado á mi mismo. Mi cruel imaginación es una enemiga diez veces mas insoportable que la pobreza.

La celebridad me mata; no soy libre desde que soy conocido; en fin me sofoca esta capa de oro que la Divina Providencia ha echado sobre mis hombros para castigar mis locas ambiciones.

—Yo también odio esa gloria como á una rival por la cual me hubieses olvidado. Desde que la gloria te rodea, casi no me perteneces. Sin embargo, no te pido que la abandones; sé muy muy bien lo que son aquellos lazos; se los maldice, pero nunca se tiene la suficiente abnegación para desenvolverse de ellos; mas convengamos solamente en una cosa. Esa casita del arrabal, de la que me hablabas hace un momento, hace diez años que he continuado pagando su alquiler aunque te lo he ocultado; nuestros viejos muebles, que fingí vender, allí están todavía colocados en el mismo orden que los dejamos; volvamos mañana á ese antiguo nido de nuestros primeros amores y pasemos allí todo el día.

—Wilhem no pudo menos de abrazar tiernamente á Vertua, dándole gracias por la delicada idea que había tenido. Al otro día se levantaron de madrugada y se marcharon á la casita del arrabal. Una dulce emoción les enterne-



ció hasta hacerles asomar las lágrimas al entrar en aquellos aposentos en que habían pasado los mejores aunque amargos días de su hermosa juventud. Las sillas de paja estaban ordenadas con limpieza, como en el tiempo en que la mano de Vertua tomaba el cuidado de conservarlas. Vertua abrió el armario de roble, que era casi el único mueble de aquella habitación, sacó de él el raído frac de Wilhem, tan frecuentemente restaurado con tinta en las costuras, y le entregó á su esposo para que se lo pusiese.

—Jamás te he visto tan bello, le dijo, contemplándole estasiada.

Ella por su parte se despojó también y colocó sobre la cama; lecho nupcial de este matrimonio, su velo, su sombrero de terciopelo, el chal de cachemira y su magnífico vestido guarnecido de encages, para volver á ponerse la sencilla papelina, la graciosa pañoleta y la blusa de percal, bajo cuyo traje tanto la amaba Wilhem en otro tiempo.

Vertua preparó en seguida por sus propias manos un ligero desayuno como en los días en que ella no tenía más criada que su actividad de veinte años. Puso en la mesa dos cucharas de estaño, dos tazas de loza floreadas y dos servilletas ordinarias. La leche hervía en la cafetera y levantaba ya su blanca espuma.

Por la primera vez después de diez años Teodoro Wilhem tenía apetito; el aire de aquella habitación le era favorable; un rústico perfume de juventud y de sentimiento le penetraba hasta el corazón. Los pajarillos entraban por la ventana como en los pasados días y venían á picotear al pie de la mesa el pan moreno que Vertua les desmigajaba.

Vertua y Wilhem estaban sentados como en sus mejores días, el uno frente al otro, la mesita de pino permitía que sus rodillas se tocasen ligeramente. Fué aquel un desayuno delicioso, se creían vueltos á sus primeros amores, cuando el corazón era joven y el negro disgusto se disipaba con un rayo de sol.

Después del almuerzo, que fué corto, Wilhem sacó su violín de la funda y repitió la lección para la noche, como lo hacía en los antiguos tiempos cuando desempeñaba una plaza en la orquesta del teatro. Vertua, que no había cantado hacia diez años, le acompañó con su voz. Era aquel un trozo sencillo é interesante que cuadraba perfectamente con el estado de sus almas. Todo participaba del canto, y los pájaros respondían con sus gorjeos desde el tejado. Pero apenas habían concluido su trozo musical, cuando algunos aplausos se dejaron oír bajo las ventanas. Algunos amigos ó algunos curiosos ¿cómo saberlo á punto fijo? habían seguido las huellas de Vertua y de su esposo.

—Estamos descubiertos, murmuró tristemente el poeta.

—¡Ay de mí! dijo Vertua, no lo hubiera creído.

—No poder ir donde uno quiere, ni hacer lo que le agrade sin ser expiado, sufrir las necesidades de todo el mundo bajo el frívolo pretexto de que uno es hombre de talento; estar obligado á no tener ni reposo en el alma, ni encanto en su hogar, ni amor en el corazón; ¿qué es, pues, esto?

—Es, respondió tímidamente Vertua, lo que todos los hombres buscan afanosos: es la gloria.

Aquel hombre tanto tiempo agobiado por la desgracia, perseguido en seguida por la gloria, ese Teodoro Wilhem, era Hoffmann.

## LA MUSA AL POETA.

Hijo mío ¿por qué no oigo tu canto?  
¿Por qué en tu marcha angusta te detienes?  
¡Ay! tus mejillas humedece el llanto,  
Y los lauros marchitanse en tus sienes.

Siete veces maldito el que desmaya  
Al dar el primer paso en el camino!  
Temes la tempestad desde la playa:  
Hombre ¿dónde está tu espíritu divino?

Tus armas aprestabas á la lucha,  
Y tiembles al hollar tu planta abrojos!  
Si oídos tienes, hombre, ven y escucha:  
Si tienes ojos, hombre, abre los ojos.

¿A que más tu ambicioso anhelo aspira?  
La inmensidad te he dado por palacio,  
Y sobre un globo que á tus plantas gira,  
Flotas, cual rey, en su insondable espacio.

Por ti estendí en la atmósfera los vientos,  
Por ti en la tierra desplegué los mares  
Y por ti les di armónicos acentos,  
Cantares que inspirasen tus cantares.

Por ti en la frente de la noche fría  
Puse corona espléndida de estrellas,  
Para que tu inspirada fantasía  
Fuese en tus sueños á jugar entre ellas.

Para ti el universo guarda el sello  
De la diestra de un Dios omnipotente,  
Guarda su imagen pálida, lo bello,  
Que tan solo revélase á tu mente.

Y cual celeste auréola á este mundo  
Otro mundo sobre él puse de ideas;  
Y un hálito á tu mente di fecundo,  
Y mundos más hermosos con él creas.

Y al lado de la ciencia y de su orgullo  
Puse tu corazón y su ternura,  
Como el fragante aroma de un capullo,  
Como la blanca luz de estrella pura.



Y enlacé de los mártires la palma  
En tus siénes al mirto y á las rosas;  
Yo te di un alma grande, y templé tu alma  
Del dolor en las llamas misteriosas.

Porque al cielo quisiste alzar el vuelo  
En el lodo te hundiste; no te asombre;  
Castigo es al orgullo. Mira al cielo,  
Mas anda sobre el lodo, que eres hombre!

Dios al poeta en infeliz desmayo  
Abandonó en la tierra, pero quiso  
De su luz increada darle un rayo,  
Para que ver pudiera el paraíso.

Y esa es su gloria y su infortunio! Mira  
Con ávida ansiedad la luz brillante,  
Y do quiera despues la vista gira  
Esa luz siempre ve, siempre delante!

No importa! de la luz que lo fascina  
Su frente irradia pálido reflejo  
Que del mundo las nieblas ilumina:  
El vate! oh Dios! es de tu luz espejo!

Sigue, pues, entre espinas tu camino,  
Con la llama voraz sobre tu frente:  
Su fuego es el espíritu divino  
Que purifica en el dolor tu mente!

#### El poeta.

Dijo, y senti su humedecido aliento  
Rozar mis siénes y encender mi fe;  
Y murmuró alejándose su acento,  
—Lucha, lucha!—y yo dije—Lucharé.—

20 de febrero de 1857.

TEODORO LLORENTE.

## MARÍA LA MESONERA.

por Southey.

¿Quién es esa pobre loca, cuyas miradas fijas y esquivas anuncian un corazón desgarrado por el dolor? Sus ojos no derraman ninguna lágrima, pero á menudo del fondo de su pecho se escapan acongojados suspiros; no deja oír ninguna queja, pero su silencio es la muda resignación del que ha perdido la esperanza....

No cuida de su vestido ni de su alimento. El soplo cruel del invierno, atravesando sus harapos, hiere su delicado seno; sus hermosas mejillas se hallan cubiertas de una palidez mortal.

Y sin embargo, no hace mucho tiempo que la pobre María estaba alegre y era dichosa, de manera que todos los viajeros que se detenían en su país, afirmaban que no tenían recuerdo de haber conocido otra aldeana mas simpática ni mas jovial que la bella María.

Acogía á los huéspedes con una sonrisa encantadora y ejecutaba sus órdenes con una gracia y prontitud admi-

rables. Su corazón estaba esento de pueriles temores, de modo que María era capaz de ir á recorrer de noche la antigua abadía, cuando el huracán alzaba en ella sus lastimeros mugidos.

María era la prometida esposa del jóven Ricardo, el cual habia fijado ya el día de la boda. Pero Ricardo era indolente y jugador y todos los que le trataban compadecían á la hermosa niña, pues aseguraban que era demasiado buena para ser su esposa....

El otoño comenzaba á aparecer con sus frios y sus nieblas. Era una noche negra y borrascosa que acababa de suceder á un triste y nebuloso día. En una de las habitaciones del meson cuyas puertas y ventanas se hallaban herméticamente cerradas, se encontraban dos estrangeros sentados al rededor de un delicioso fuego que alizaban en silencio, los cuales escuchaban alegres el ruido que hacia el viento al atravesar la campiña.

—No puede negarse, decia uno de ellos, que se encuentra cierto placer en escuchar al lado de un buen fuego esos terribles murmullos.

—Que noche para la abadía! contestó el otro. El hombre que se atreviese á esta hora á recorrer las ruinas, merecería ciertamente el nombre de valiente. Yo mismo, lo confieso ingenuamente, temblaría como un niño, al menor movimiento de las hojas de la hiedra que cubre sus derruidas columnas; á cada instante, por efecto del miedo, creeria ver salir de su tumba el espectro de algun anciano monje, porque ese huracán debe despertar á los muertos.

—Apuesto un almuerzo, replicó el primero, que nuestra amable huésped no tendria inconveniente en probar tal aventura.

—Pues perderiais; dijo el otro interlocutor; yo estoy seguro de que el temor á las apariciones paralizaria sus pasos y de que caeria desmayada si encontrase una vaca blanca en su camino.

—María, quieres sostener mi apuesta? preguntó el primer viajero.... Yo ganaré porque sé que aceptarás y luego te compraré un sombrero nuevo si me traes una rama del ciprés que crece en el arruinado claustro.

María no titubea un solo momento en dar esta prueba de valor y toma resueltamente el camino del antiguo edificio. La noche era sombría y el viento que soplaban con violencia hacia caminar las negras nubes que llenaban el firmamento. María temblaba... no de miedo, pero si de frio.

Continuaba avanzando por el camino bien conocido, á cuyo fin se elevaba la abadía. Llegó á ella y cruzó con paso firme sus umbrales, á pesar de que las ruinas se hallaban desiertas y llenas de una salvaje magestad y de que sus sombras parecían doblar las tinieblas de la noche.

Todo callaba en torno suyo, escepto el cierzo glacial que gemia por intervalos en los velustos muros. Atravesando los escombros cubiertos de maleza llegó por fin, sin temblar, al fondo del claustro en donde crecía un centenario ciprés.

Gozosa se aproximó á él para arrancar una ligera ra-





—Tè Paco, aquí tens la m'ona.

—Padrina, això es un Marruecu. ....

—Pren...tontu, son las m'onas de ultima moda.



ma, pero de pronto se detuvo y escuchó... le parecia oir sonidos articulados cerca de ella.... Su corazon comenzó á latir con violencia.

El aquilon mugió de nuevo, la hiedra de verdes hojas se agitaba sobre su cabeza.... Maria se puso á escuchar otra vez.... Todo habia callado. Mas tranquila ya, asió, por fin, la apetecida rama, pero entonces una angustia horrible se apoderó de su corazon; acababa de percibir entre las ruinas, un ruido de pasos que se dirigian á ella.

Palpitante de terror, acercose á un pilar cercano ocultándose allí lo mejor que pudo. En el mismo instante brilló la luna libre de las parduzcas nubes que la cubrian y á su pálido resplandor vió Maria aparecer en el claustro el repugnante grupo de dos facinerosos que arrastraban un cadáver...

Un estremecimiento doloroso agitó todos sus miembros. ...El helado cierzo, que todavia silvaba, derribó el sombrero de uno de los asesinos y lo llevó rodando hasta los piés mismos de la jóven. Esta creyéndose perdida, se preparó á morir.

—Maldito sombrero! exclamó el bandido.

—Enterremos primero á este muerto; replicó su cómplice.

Maria les vió pasar por su lado sin que notaran su presencia.... Entonces por una estraña idea, se apoderó del sombrero haciendo un esfuerzo supremo, y se precipitó fuera del monasterio... Corria ó mejor dicho volaba. Al fin, llegó hasta el meson falta de aliento, arrojó una mirada á su alrededor y en el mismo instante, desfallecida como si todos los resortes de su cuerpo se hubiesen quebrantado, cayó estendida en tierra sin movimiento y sin voz....

Antes que sus descoloridos lábios pudiesen contar este acontecimiento, el fatal sombrero habia herido su vista. Sus ojos se habian vuelto con horror, porque... ¿quien podria describir la turbacion que se apoderó de sus sentidos cuando reconoció que aquel era el sombrero de su adorado Ricardo?...

Aun hoy, á corta distancia de la abadia y á dos pasos de la carretera, se divisa todavia una horca.... es la horca que se levantó para ajusticiar á Ricardo.... El viagero que la contempla, no puede menos de derramar una lágrima, al pensar en Maria, la desgraciada mesonera!

T. por Garci-Núñez,

## LA DICHA ES SUEÑO.

A mi amigo Tusquets:

«Dar tregua al lloro es dormir,  
Ser dichoso, eso es soñar;  
Volver al llanto y gemir,  
¿Sabes lo que es...? Despertar.»  
Arolas.

Soñé puros amores  
Cuando arrulló mi sueño la inocencia;  
Sentí despues dolores  
Que amargaron mi lánguida existencia.

Soñé puros amores  
La paz gozando de la amante vida;  
Sentí despues dolores  
Al disiparse mi vision querida...

Soñé puros amores  
Mientras dormido en mi ilusion gocé,  
Y al fin sentí dolores,  
Cuando al tocar á un cielo... desperté...!

¡Gozar puros amores!  
Eso es un sueño de la mente loca!  
¡Sentir siempre dolores!  
Eso es lo solo que al mortal le toca...!!

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

## ESPANSION.

Llora, corazon mio,  
Llora tu pena;  
Si el alma se destroza,  
¿Qué es la azucena,  
La blanca rosa,  
Ni el céfiro, ni el ave?  
Llora, si, llora.

Soy corazon tan solo,  
De amistad vivo,  
Por ella y la que adoro  
Solo respiro,  
Y es mi agonía  
Que muy pocos comprenden  
El alma mia.

Flor de mi amistad pura,  
No te deshojes,  
No pierdas tu fragancia  
Ni tus colores...  
Por ella vivo  
Y sin ella á la muerte  
Tan solo aspiro !!...

RAFAEL DE NIEVA Y DE BARBA.



## TEATROS.

## PRINCIPAL.

Al ver en los carteles que iba à cantarse en este coliseo la bellissima inspiracion de Rossini *Il Barbiere di Siviglia*, sin saber porqué auguramos un mediano écsito á su ejecucion. Nuestros temores no salieron infundados.

La señora d' Angri caracterizó de una manera inmejorable el papel de *Rosina* y cantó con aquel gusto, aquella precision y buen estilo que ya tenia acreditado cuando la oimos en el otro coliseo.

El señor Bellini, tenor de gracia, tiene una voz sumamente débil, pero flecsible, prestándose para el canto rossiniano.

Hubo algunos trozos en que nos gustó mucho. No obstante, échase de ver cierto vacío en las piezas concertantes, pues apenas se le oye.

El barítono señor Cologni, no nos satisfizo; su voz es algo atenorada y de poco volúmen. Creemos que estará mejor para óperas de otro estilo de música.

El bajo señor Marini posee una voz bastante robusta y espontánea. Cuando le hayamos oído en otra ópera, nos ocuparemos con mas estension de este apreciable artista.

Al señor Giovani le daremos un buen consejo, que estudie, pues con la voz que posee podrá llegar á ser mucho.

El conjunto adoleció de poca precision y ajuste; puede disimularse en atencion á los pocos ensayos que pudieron tenerse.

## GRAN TEATRO DEL LICEO.

La popular ópera *Hernani*, fué la que con un solo ensayo, inauguró las interrumpidas funciones líricas en este bello y espacioso coliseo.

La señora Carozzi Zucchi interpretó y cantó con precision el papel de Elvira, haciéndose aplaudir repetidas veces. Como la música dramática es la que mas se adapta á la facultades de esta apreciable artista, no es extraño que satisficiera los deseos de los concurrentes.

El señor Palmieri hizo cuanto le fué dable para salir airoso de la parte de protagonista; mas el timbre de su voz, al par que su poco volúmen, no se prestan para que pueda lucir en la música *verdiniana*. Con todo, sostuvo muy bien la ópera y reprobamos las muestras de desaprobacion de algunos obcecados, que no saben apreciar los desvelos de un artista.

Estrenóse en este coliseo el señor Giraltoni, barítono de voz fresca, espontánea, robusta, estensa, aunque no muy voluminosa. Como canta con buen estilo, vocaliza y frasea con precision y gusto, inútil será consignar que satisfizo aun á los mas escisgentes y que arrancó nutridos aplausos. Antes de detenernos mas en las bellas cualidades de este jóven y ya reputado artista, esperaremos oírlo en otra ópera.

De Rodas no diremos ni una palabra, pues ya hablamos de él cuando se cantó hace muy pocos meses.

La orquesta y coros, como ellos mismos. Es su mejor elogio.

## CIRCO BARCELONÉS.

Nada dijimos de *El caballo del Diablo*, pues esperábamos que las decoraciones estuviesen completamente acabadas para emitir nuestro juicio, aunque profano, acerca de ellas.

Generalmente nos gustaron y no nos detendremos en nombrar esta, aquella ó la otra; diremos únicamente que hay tantas, que no nos acordamos de ellas y que todas merecen particular mencion y un justo elogio.

En cuanto al argumento.... *peor es meneallo*. Por lo tanto punto en boca y....

El protagonista nos dejó bastante satisfechos.

Aconsejamos á nuestros lectores que asistan á la representacion de esta comedia, que no les pesará.

## LA ESCALA.

Hambriento un avion cojió un mosquito

que indulto la pidió por ser chiquito

y dar poco alimento;

pero enojado el otro á fuer de hambriento,

no esperes (dijo) que tu voz me ablande;

muere porque eres chico y yo soy grande.

—No bien hizo la muerte el inhumano,

cojele entre sus uñas un milano;

temblando el avion gime y suplica,

pero el milano adusto le replica:

—No tienes que pensar que yo me ablande;

muere, pues eres chico y yo soy grande. »

Vió el águila al milano entretenido

en devorar el pájaro cojido,

y volando veloz, le prende y mata

por mas que ruega y de salvarse trata.

—« No es fácil murmuró que yo me ablande,

muere, pues eres chico y yo soy grande. »

Fué el águila á volar, pero la bala

de un diestro cazador le quiebra el ala,

y al revolcarse por el suelo herida,

« ¿ porque, gritó, me privas de la vida? »

—« Porque no hay, dijo el hombre, quien me mande;

muere, pues eres chica y yo soy grande. »

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,

ó sepa, si obra mal, que al fin se paga.

No murió el cazador, y si el mosquito,

al parecer sin pizca de delito;

pero ninguno de su fin se asombre;

picó mil veces él antes al hombre.



## MISCELÁNEA.

**¡Afielados, aprended!!**—Un *afielado* á la literatura, (plaga moderna mas temible que las antiguas de Egipto.) se presentó en casa de uno de los mejores poetas de la corte, con un drama, rogándole que lo examinase.

Después de marcharse el *afielado*, nuestro poeta abrió el cuaderno y leyó: «El Vandido» Drama por...» Entonces lo volvió á cerrar y lo dejó sobre su mesa, como se dejan las cosas olvidadas.

A los pocos días, volvió el *afielado*, (son gente muy puntual,) preguntándole con una sonrisa tan amable, que casi parecía una sonrisa de miedo;

—¿Ha leído V. mi drama?

—No.

—Bien... me lo llevaré... no quiero molestar á V...

—Oh! no, de ningún modo—; no lo he leído, pero *es muy malo!* El *afielado* sudando, saltó sobre su asiento, como si hubiese recibido la descarga de una máquina eléctrica.

—Pero hombre, si V no lo ha leído! se atrevió á murmurar

—Escuche V. — Si vé V. una cabeza de burro asomada á una ventana, necesitará V. ver también el cuerpo, para asegurar que es efectivamente un burro?

—No señor; con la cabeza tendría bastante; y al decir esto, la suya le rodaba, como una matraca en manos de un muchacho.

—Pues bien; al principio de su drama he leído: «El vandido» y, como en el caso anterior, he creído que para juzgarlo, no tenía necesidad de pasar mas adelante... El *afielado* palideció, tomó el drama, saludó, y desde entonces no ha vuelto á incomodar á ningún escritor: él solo se corrige sus disparates, ó á lo mas, lo hace con algun otro *afielado*; *les beaux esprits se rencontrent!*

Solo nos resta añadir, que es lástima que los demás no sigan su ejemplo, pues los *afielados* siguen siendo el *hombre-mosca*, que diría Larra, de todos los escritores de mas nota.

**Fraternidad.**—En una calle de esta, vimos días pasados á un arriero que bebía un trago de vino en el porron, después le daba á beber su borrico, luego bebía él y así sucesivamente, hasta que la bestia y el amo se hartaron de lo lindo. Nosotros al ver tanto cariño, tanta fraternidad entre el *hombre-burro* y el *burro-bestia*, nos acordamos de que no en valde habian dicho tantos oradores que *« todos son hermanos !! »*

**El Café.**—Había un monasterio de frailes en la parte de Arabia donde crece el arbusto que produce el café. Habiendo observado el prior de este monasterio que las cabras que comían las semillas del café adquirían una estraordinaria vi-

veza, resolvió servirse de ellas para despertar á sus frailes que solian estar dormidos á la hora de maitines. Efectivamente, después de haber tomado café, los religiosos se hicieron mas activos, mas madrugadores, y de esta suerte, segun dicen, se generalizó el uso de esta bebida.

Es inútil advertirnos que los que se suscriban á nuestro *café*, adquirirán también dichas cualidades.

### El calendario de las joyas.

Piedra de Enero.—*El granete*. Constancia.

Febrero.—*La amatista*. Sinceridad.

Marzo.—*El rubí*. Valor y presencia de espíritu.

Abril.—*El diamante*. Inocencia.

Mayo.—*La esmeralda*. Buen éxito en amor.

Junio.—*La ágata*. Salud y larga vida.

Julio.—*La cornerina*. Alegría.

Agosto.—*El záfiro*. Felicidad conyugal.

Setiembre.—*El crisólito*. Antídoto contra rabia.

Octubre.—*El ópalo*. Esperanza.

Noviembre.—*El topacio*. Fidelidad.

Diciembre.—*La turquesa*. Prosperidad.

**Figuras de cera.**—Hemos tenido el gusto de ver la magnífica colección de estas, que tenía en Sabadell, el conocido artista D. Sebastian Malagarriga, y que ha trasladado á esta capital, á los salones de la casa núm. 51, de la calle del Hospital.

Las recomendamos á todos los amantes de la perfección de este arte.

## EL CAFÉ.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de la Publicidad, bajada de la Cárcel, n.º 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime 1.º, José Mañá, fuente de S. Miguel, n.º 4, y en las principales librerías del Reino. Redaccion y Administracion, en la misma imprenta.

PRECIOS. En Barcelona. En provincias

Seis meses. 19 rs. 24 rs.

Tres meses. 10 rs. 15 rs.

Un mes. 4 rs.

Por lo no firmado, NILO MARIA FABRA, Secretario.

DIRECTOR Y E. R. JOSÉ ANTONIO FERRER FERNANDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.